

Ciencia Espiritual de la Vida

Tema: Ley de Experiencias

Su relación con la Ley de Causa y Efecto

No supongamos que los hechos y las circunstancias que conforman la vida de los seres humanos dependen solamente de su. Esos hechos y circunstancias son el producto de milenios de existencias humanas, milenios durante los cuales ha encarnado una y otra vez, y sus hechos, sentimientos y pensamientos han conformado el ambiente espiritual que ahora lo circunda.

Ya sabemos que no es la primera vez que vivimos en este Mundo; ya sabemos que la Ley de Experiencias nos ha traído muchas veces como seres humanos a este mismo Planeta y que en unas encarnaciones hemos debido purificarnos de los errores que en otras encarnaciones anteriores habíamos cometido. Así hemos podido, paulatinamente, ir avanzando hasta encontrarnos, en este momento, como seres encarnados capacitados para recibir e Irradiar Vibraciones Sutiles.

La Justicia Divina jamás habrá de darnos un dolor ni exponernos a un peligro que nosotros mismos no hayamos atraído con nuestros hechos, pensamientos o sentimientos, en esta encarnación o en encarnaciones anteriores. La Ley Obra de igual forma en lo individual y en lo grupal y, por ello, la Humanidad del presente enfrenta, en estos momentos, los hechos y las circunstancias que atrajo en generaciones anteriores.

Nadie se encuentra ante un hecho “desgraciado” ni en un momento doloroso sin una Causa que lo haya producido. Todo está Regido por las Leyes Divinas, y nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros sentimientos y nuestros actos dan origen a los hechos y circunstancias que conforman nuestras futuras vidas, pudiendo, también, conformar nuevos aspectos de esta vida presente; a la vez, todo lo que hemos sentido, realizado o deseado en pasadas encarnaciones tiene su efecto en esta presente encarnación. Por ello, nunca deberemos quejarnos ni deberemos jamás dudar de la Justicia Divina, porque Dios es todo Amor y todo Justicia. La Justicia de Dios es Justicia de Amor, de modo que todo lo que Su Justicia nos proporcione será siempre Obra de Su Amor y un medio que Su

Amor nos proporciona para que podamos superarnos y continuar avanzando en el Camino de la Evolución.

El Ser no puede detenerse en su Camino Evolutivo; sin embargo, nos atraemos tanto lastre en el transcurso de nuestras encarnaciones humanas que dificultamos enormemente nuestro Progreso en el Sendero de la Evolución. Solamente el dolor puede purificarnos, y es por ello que el Padre, a través de Sus Leyes, acerca el dolor a nuestras vidas, no como castigo, sino como una Expresión de Su Amor, como un medio y una forma de Ayudarnos para que podamos continuar nuestro Progreso Espiritual.

Nos repetimos que el dolor que como humanos debemos sufrir es siempre una Expresión del Amor Divino, porque él nos libera del Dolor Espiritual, el terrible Dolor que siente el Espíritu cuando se encuentra imposibilitado para seguir el Impulso natural que le lleva a avanzar constantemente en su Trayectoria Evolutiva, respondiendo a la Atracción del Divino Imán. Un Ser que se ve “detenido” en su Evolución es un Ser que sufre terriblemente, y es precisamente para ayudarnos a caminar, para aligerar el lastre que nuestro Espíritu ha acumulado, que el Padre acerca a nuestras vidas el dolor. Debemos comprenderlo así y debemos, constantemente, examinarnos íntimamente para saber si el dolor que ahora estamos sufriendo tiene, o no, su origen en nuestra actual encarnación, lo cual puede, ciertas veces, ocurrir.

Si la Causa de nuestro dolor estuviera en la actual encarnación, en nuestras manos está el procurar subsanar inmediatamente los errores que hubiésemos cometido. Si la Causa no estuviera en esta presente encarnación deberemos tratar, con nuestra conformidad y con nuestro Amor al prójimo, de aligerar ese peso, pues las Obras de Amor hacia los demás constituyen también un medio para eliminar el dolor de nuestra vida. Si damos consuelo recibiremos consuelo, porque, por Ley de Causa y Efecto, siempre habremos de recibir todo aquello que demos. Por lo tanto, no nos lamentemos de nuestros dolores. Examinaos, y si reconocemos que lo hemos merecido en esta presente encarnación, transmutad nuestro dolor en obras de Amor para los demás. Alcanzaremos así una paz interna maravillosa, que no solamente nos hará olvidar los dolores, sino que nos elevará sobre ellos y, entonces, ya no podrán herirnos.

Todo está dentro de nosotros mismos: la felicidad y el dolor, el Bien y el “mal”. Debemos aprender a analizarnos y a encontrar en nosotros la causa de todo lo que sentís y de las circunstancias que conforman nuestra vida humana. To-

do está ligado entre sí y existe una relación permanente, íntima y real, entre lo Espiritual y lo humano. Nada de lo que nos ocurre humanamente es ajeno a nuestro Espíritu. Somos un conjunto formado por materia y Espíritu, y cada uno de estos dos aspectos nuestros tiene una acción determinada en nuestra presente vida humana.

No podemos ser Espiritualmente puros y no manifestarlo en nuestros pensamientos, sentimientos, deseos y acciones, y tampoco podemos ser puros en nuestro cuerpo si nuestros sentimientos, deseos y pensamientos no son puros.

El ser humano es bueno porque desea serlo y es malo porque desea serlo. Nada ni nadie puede obligar a otro a ser bueno o a ser malo, porque el Bien y el “mal” están dentro de cada ser. Por lo tanto, son inútiles los castigos de carácter religioso o de carácter humano que se impongan a los seres humanos como norma o como medio para lograr la bondad en él. La comprensión y el Amor son los únicos medios que deben ser empleados para que el ser humano sea bueno, voluntaria y conscientemente, que es la única forma de serlo en realidad. La bondad obtenida mediante el temor es bondad sólo aparente, y muchas veces perjudica más al ser que si se le permitiera obrar dentro de sus propios impulsos, pues ello pondría en evidencia sus necesidades morales permitiendo ayudarlo en tal sentido; en cambio, así se le obliga a ser falso y demostrar lo que no siente ni desea y, en consecuencia, el “mal” se intensifica en él en vez de aminorar.

La Enseñanza mediante la palabra y el ejemplo, el Conocimiento y el Amor en todas sus manifestaciones, son los medios y el camino para llevar a la Humanidad por el verdadero sendero del Bien; porque el verdadero sendero del Bien comienza dentro del ser humano mismo. Es en el propio ser donde debe nacer la decisión, el impulso y el deseo de obrar Bien y de realizar el Bien. Todo lo que se nos impone es artificial, es algo que no está dentro de nosotros y que, por lo tanto, no puede beneficiarnos, porque no lo hemos Realizado íntimamente.

Sobre todos los seres humanos Proyecta el Cristo su intensísima Vibración de Amor, y a todos ha de llegar Su Palabra para despertar las mentes, para despertar las almas, para decirles que deben vivir en el Bien, para decirles que deben Amar. Todo el Bien que hagamos a los demás, en Bien para nosotros mismos habrá de transformarse. Nuestra bondad redundará siempre, por Ley de Causa y Efecto, en nuestro propio beneficio, y también de acuerdo con la Ley de Causa y Efecto, todo lo que hagamos en perjuicio de los demás redundará en perjuicio pa-

ra nosotros mismos. Los Efectos del Bien o del “mal” que realicemos nos alcanzarán en esta vida presente o en nuestras vidas futuras.

El poder ciega a los seres humanos, y quienes lo detentan creen que todo les es permitido y nada les será exigido. ¡Qué gran error! El poder es, para los seres humanos que lo detentan, un arma peligrosísima en sus manos. El poder debe ser empleado solamente para el Bien, pues todo poder se volverá siempre en contra de quien no lo utilice de acuerdo con la Ley del Amor Universal.

Por lo tanto, no ansemos nunca poder; deseemos solamente capacitarnos más y más para hacer el Bien, humildemente, calladamente, sin que nadie lo sepa, para que ni siquiera una palabra o un pensamiento de agradecimiento pueda perjudicarnos íntimamente. Si bien el agradecimiento es una reacción lógica y es una vibración positiva, puede, sin embargo, dar origen a la vanidad. Por eso, desechemos todo pensamiento, todo deseo de recibir halago, de recibir siquiera las gracias, por el Bien que realicemos. Cuanto más ignorado el Bien, más efectivo es, para el que lo recibe y para el que lo realiza.